

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 11 de Octubre de 1917.

Número 37.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL

CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

El estado de guerra

Se ha levantado en toda España.

Pero continúa la suspensión de garantías.

Y por lo tanto, sometida la Prensa á la censura.

Mi actitud será la que fué durante el tiempo que duró anteriormente la censura civil: no publicar noticia ni trabajo alguno de los que convenga al Gobierno que circulen.

¿Y las caricaturas?

Pues verán ustedes lo que he decidido para que EL MOTÍN publique *monos* intachables. Intachables por la censura, claro es.

Tenía pensado hace tiempo escribir una autobiografía humorística refiriendo cuanto he intentado ó realizado desde que llegué á Madrid en 1866, é irla publicando en EL MOTÍN cuando bien me pareciera, ilustrándola con retratos míos hechos en los períodos que describiese.

Y no sabiendo qué caricaturas dar hoy, pues las tres que guardo son tachables, como así mismo todas las que se me ocurren, he pensado capear el temporal exhibiéndome desde este número tal cual yo era al llegar á la Villa y Corte, tal cual he ido siendo, y tal cual ¡ay de mí!, soy en la actualidad, si es que el hombre que se halla tal cual hoy me encuentro, es algo todavía.

De este modo me ahorro el pensar asuntos para las caricaturas, evito el que me tachen ninguna, y lego á la posteridad siete vera efigies distintas del político más necio é inhábil que

he conocido y al que contemplo cada vez que me asomo al espejo para pedirte que me digas si tengo la lengua sucia, único caso en que lo interrogo. ¿Y lo de la autobiografía? Lo aplazo para más adelante. Ni hoy tengo humor para escribirla, pues no está la Magdalena para tafetanes, ni la censura dejaría pasar algo de lo que pienso decir.

EL COMITE DE HUELGA

LA SENTENCIA

Besteiro, Anguiano, Largo Caballero y Saborit, condenados á reclusión perpetua.—Otras penas severas.—Un defensor arrestado.

«En la plaza de Madrid á los veintinueve días del mes de Septiembre de 1917, reunido el Consejo de guerra para ver y fallar esta causa, habiéndose hecho relación por el juez instructor del resultado de los autos, presentes los 11 procesados, oídas la acusación fiscal y defensas, el Consejo declara:

1.º Que los hechos perseguidos constituyen un delito consumado de rebelión, previsto en los núms. 1.º, 3.º y 6.º del art. 243 del Código penal ordinario y penado para los procesados D. Francisco Largo Caballero, D. Julián Besteiro Fernández, don Daniel Anguiano Mongado y Andrés Saborit Colomer, en el 244, y para los procesados Gualterio José Ortega Muñoz, Luis Torrens Lerén y Mario Anguiano Anglés, en la última parte del art. 246. Y el mismo delito, en grado de frustración, comprendido en el citado art. 246, por lo que se refiere á Manuel Maestro Rubio y Florencio Abelardo Martínez Salas.

2.º Que son autores del primero de estos delitos los procesados don Francisco Largo Caballero, D. Julián Besteiro, D. Daniel Anguiano y Andrés Saborit; del segundo, Gualterio José Ortega, Luis Torrens y Mario Anguiano, y del tercero, Manuel Maestro y Florencio Abelardo.

3.º Que no son de apreciar en ninguno de ellos circunstancias modificativas de responsabilidad.

En virtud de lo cual, condena á don Francisco Largo Caballero, D. Julián Besteiro, D. Daniel Anguiano y Andrés Saborit á la pena de reclusión perpetua, con la accesoria de inhabilitación perpetua absoluta.

A Gualterio José Ortega, Luis To-

rrrens y Mario Anguiano, á la pena de ocho años y un día de prisión mayor, con la accesoria de suspensión de todo cargo y del derecho de sufragio durante el tiempo de la condena, y á Manuel Maestro y Florencio Abelardo, á la pena de dos años, cuatro meses y un día de prisión correccional, con igual accesoria que los anteriores, sirviéndoles de abono á los siete primeros la mitad del tiempo de prisión preventiva, y el total de ella á Manuel Maestro Rubio y Florencio Abelardo. Debiendo satisfacer en la forma que previene el Código y en concepto de responsabilidad civil el importe de los daños producidos por el delito y de las reclamaciones que por los perjudicados se ejerciten.

Por último, deben ser libremente absueltas las procesadas Virginia González Polo y Juana Sanabria Martínez.

Todo ello con arreglo á los citados artículos, á los demás de general aplicación del Código penal ordinario y ley de 17 de Enero de 1901.—*Miguel Enrile.—Angel Díaz. Enrique Cotarelo.—Fulgencio Lasera.—Fermín Álvarez.—J. Jiménez Figueras.—Manuel Sánchez de Linarres.*—(Todas rubricadas).

Se ha impuesto al capitán D. Julio Mangada, defensor de Ortega, quince días de arresto en el castillo de Jaca.

A las cinco de la mañana del sábado fueron trasladados los individuos del Comité de huelga desde Prisiones militares á la Cárcel Modelo.

De once á doce, horas que tienen diariamente de comunicación, fueron á visitarles el domingo y el lunes multitud de amigos y correligionarios.

EL SUICIDIO

Arrimando el ascua á su sardina imputan muchos el actual incremento del suicidio á la decadencia de las ideas y sentimientos religiosos. Y hay en este juicio no poco de cierto. Lo irreparable del mal en la concepción materialista moderna puede conducir fácilmente á la desesperación. El terror del infierno ha podido mantener á muchos en la servidumbre de la vida: disuadiéndoles de la muerte. La reducción á los límites de la vida presente del cálculo utilitario de pla-

cer y dolor, á que viene reducida hasta ahora la moralidad de los más, pueda conducir á algunos á acabar con el suicidio el saldo de tan mal negocio.

Mas si de estas consideraciones se pretendiese deducir la superioridad de la concepción mística de la vida sobre la concepción moderna, entonces ciertamente no resultaría el argumento. Si el misticismo condenó al suicidio no es porque estimara la vida terrenal.

En la concepción mística se truecan los términos naturales del juicio: el mal es bien y el bien es mal, el dolor es apetecible, el placer execrable. Hay que vivir para sufrir. De aquí la resignación, no la activa, que ordena luchar hasta el fin por ser la lucha ley de la vida, sino la pasiva, que se refugia en la contemplación y en el claustro. De aquí una clase entera numerosísima de muertos vivos, verdaderos suicidas del espíritu. De aquí la mutilación moral de las pasiones y los afectos, ese semisuicidio que es la perfección y que Orígenes llevó, según es fama, hasta la mutilación material. El claustro, la contemplación, la penitencia, son buenos sucedáneos del suicidio. El asceta es santo si por matar sus pasiones mata su cuerpo con ellas. De donde se infiere que lo que el misticismo prohíbe es sólo el suicidio por motivos terrenales. Compárese ahora el número de suicidios actuales con el de los antiguos penitentes, monjes y ascetas; y se formará idea justa acerca de la pretendida superioridad que se atribuye en este respecto al pasado ideal sobre el presente.

Si prescindiendo de varias apariencias fuéramos á penetrar en el fondo de las cosas, acaso encontraríamos que cada edad ha considerado al suicidio como lícito y aun meritorio siempre que la inmolación voluntaria de la vida tuviera por móvil el que es estimado como fin supremo de cada tiempo. Los más austeros de entre todos los moralistas, los estoicos, honraban al suicidio lejos de estigmatizarlo. Ese acto, hoy tan condenado, corona en la antigüedad la vida de un Catón. Los místicos indios se arrojaban para morir bajo el carro de Faggnaut. Los mártires cristiano buscaban con fruición la muerte entre espantosos suplicios. En nuestros días se ha hablado de la resolución de algunos anarquistas, dispuestos á morir voluntariamente á trueque de que sus correligionarios recogieran, para aplicarlos al triunfo de la causa, el importe de sus pólizas de seguros. ¿Qué son muchos de estos actos, propios de héroes ó de fanáticos, según la opinión del que los juzgue, sino verdaderos suicidios? Difícil sería muchas veces la distinción. Entre estas muertes voluntarias y el suicidio pasional y aun alentado, la diferencia es sutilísima. Arriay Póerte se arran-

ca la vida por no sufrir la opresión; Werther se mata por no ver á Carlota en brazos de su marido. Los mártires de la fe buscaron en la hoguera ó en el circo el camino del cielo; el materialista moderno busca en el fondo del sepulcro la nada y el olvido. ¿Tan fácil es trazar entre unos y otros la línea divisoria?

ALFREDO CALDERÓN

El triunfo de la honradez

«¡Guardias, guardias! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Aquél! ¡El de la blusa!» Así exclamaba con voz enronquecida y colérica, sin que los representantes de la autoridad asomasen por parte alguna, un respetable tendero de ultramarinos desde la puerta de su casa, señalando á un hombre que corría apresuradamente con unos cuantos objetos bajo el brazo.

«¡Esto es escandaloso!, proseguía dirigiéndose al grupo formado alrededor suyo. ¡Robarle á uno en su propio establecimiento y á las diez del día! Figúrense ustedes que estaba el chico ajustando la cuenta á una parroquiana, muy buena por cierto, que llevaba una libra de chocolate de á peseta un barril de ostras escabechadas y una botella de vino, cuando entra ese bribón, se apodera del pedido y sale á escape. ¡Oh! Bien dicen los periódicos: en Madrid no hay policía».

Después de este modesto desahogo mira hacia el sitio por donde el ratero huyó, y no viéndole ya, acaban de encenderse los carrillos y balbucea lanzando chispas por los ojos: «Echenle ustedes un galgo! Lo de siempre. Y pague usted contribución para esto; y vote usted diputados y concejales... ¡Valiente país de ladrones! Cuando vuelva á molestarme por ninguno, ya habrá llovido.» Y entra en su tienda murmurando frases de un escepticismo mercantil de primera fuerza.

A los diez minutos, y con la prisa del que ll-ga tarde, acuden los guardias, se enteran de lo ocurrido, toman las señas del delincuente y salen en busca suya, no sin que la víctima dijera para sus adentros: «A buena hora mangas verdes», y continuara todo el día y con todo el que entraba hablando mal del gobierno y de la policía, enumerando á la vez los sacrificios que había hecho por la restauración en faroles y percalina.

Y tenía razón para pensar así: las leyes que debieran proteger al hombre honrado contra el criminal parecen hechas expreso para lo contrario, y los encargados de velar por su cumplimiento casi nunca están á la altura de su misión.

El ciudadano que desde la mañana á la noche trabaja sin descanso, que no duerme pensando en la manera de

enriquecerse, que contribuye á levantar las cargas públicas sin lo cual la vida del Estado sería imposible, tiene derecho á exigir que la ley le garantice el libre ejercicio de su profesión y el gobierno le ampare contra los aficionados á lo ajeno.

Pensando en esto y en retirarse del comercio si las cosas siguieran como iban, e tuvo el elector y elegible de ultramarinos hasta las tres de la madrugada sin poder conciliar el sueño, que por fin vino á cubrir con su manto bienhechor los disgustos de tan i fausto día

El sol no bañaba aún los tejados al siguiente, cuando el digno tendero estaba ya tras del mostrador despachando sus géneros con la satisfacción que presta la tranquilidad de conciencia, no sin que de vez en cuando acudiera á su memoria el recuerdo del granuja que le había robado tan descaradamente.

A eso de las nueve, y cuando más ocupado estaba, vió entrar á uno de los guardias que ya conocemos, y sin darle tiempo de saludar siquiera, le preguntó entre curioso y satírico:

—¿Pareció el tuno aquel?

—Sí, señor; y le aseguro á usted que no volverá á robar á nadie.

—Me alegro; así aprenderán otros. Por más que se diga, hay justicia en España. ¿Y cómo, cómo fué?

—Guiados por las señas que usted nos dió y por los datos que adquirimos sobre la marcha, llegamos á Chamberí y comenzamos á hacer pesquisas, que resultaron infructuosas. Ibamos ya á retirarnos, cuando oímos grandes gritos y voces de ¡socorro! ¡socorro!, que partían de un corralón donde amontonan estiercol. Entramos, y en un cobertizo á teja vana encontramos á un hombre como de treinta años revolcándose furiosamente en el suelo, y ¡cuál no sería nuestra sorpresa al ver en un rincón el cuerpo del delito!

—¡El cuerpo del delito!

—Sí; la botella de vino, el barril de ostras y la cubierta de la libra de chocolate.

—¡Es posible! ¿Con que era él? ¿El ratero? ¿El ladrón? ¡Oh! Aquí se ve claramente la mano de la Providencia. Siga usted, siga usted...

—El mismo era, sí, que habiendo devorado el fruto de su crimen, moriría envenenado, según dijo después el médico de la Casa de Socorro.

—¡Envenenado! Lo creo, pues vuelvo á repetir que hay Providencia. Tome usted una copa, amigo guardia, y brindemos porque ahorquen pronto á todos los criminales.

El de Orden público rehusó prudentemente el obsequio, y el tendero continuó despachando sus géneros, mascullando entre un cuarterón de bacalao podrido y dos onzas de manteca adulterada con sebo rancio.

«Hay justicia y hay Providencia:

Providencia sobre todo, que vela por los hombres de bien.»—J. N. 1883

Un incidente molesto

Pues como íbamos diciendo, cuando los soplancillos aquellos de la Defensa Social dieron el año 1912 en la gracia de llevar al juzgado del Hospicio, desempeñado entonces por un juez marcadamente clerical, las caricaturas de *El Motin*, y apelé a la Audiencia en una de las multas y después al Supremo, humorada que vino á costarme próximamente unas 3.000 pesetas entre pitos y flautas, comprendí que por aquel camino podían acabar con el periódico, y anuncié que me pondría en condiciones de que el clericalismo no se saliera con la suya.

Y efectivamente, renuncié á la propiedad de cuanto poseía, poniéndolo en manos de un honradísimo y antiguo amigo, el capitán retirado don Marcelino Brieva, que había pedido antes de tiempo su retiro para evitar las persecuciones de que era víctima por sus ideas republicanas.

No necesito que nadie me diga que este procedimiento es incorrecto; lo sé, y declaro que no debí emplearlo; mas sírvame de disculpa el que había ya por aquella época contraído con promisos perennarios con tres amigos para no interrumpir la salida de *El Motin*, y me creí en el deber de defender aquellos intereses que ya no eran exclusivamente míos.

Viene la guerra europea; *El Motin* pierde lectores y la venta de libros disminuye; las dificultades económicas aumentan; el papel encarece, y me veo obligado á pedir á la Papelera, á la que había satisfecho desde 1909 unos veinte mil duros, aplazamientos de algunas letras.

La condena de destierro viene más tarde á complicar la situación, pues enjareto seis libros de á dos pesetas, creyendo que los vendería una vez fuera de Madrid yo.

Me perdonan, y esto acaba de revertirme económicamente. Ofrezco libros á la mitad primero y luego á la cuarta parte de precio, y no me da resultado; la lectura es un lujo en España, y no estamos para lujos ahora. Vienen los protestos de letras de papel. En esto se me ocurre anunciar el sorteo de 15.000 pesetas de libros; mis lectores toman pretexto de este anuncio para ayudarme, y comienzo á recibir dinero, que dedico á pagar lo que debía, empezando, como era justo, por aquellas deudas contraídas de palabra y dejando para el final la de la Papelera (2.986 pesetas en total).

Lanza la Junta de Defensa del arma de Infantería su Manifiesto de 1.º de Junio; el ejemplo cunde; España entera se agita en ansias de renovación; se suprimen las garantías

constitucionales y se declara después el estado de guerra, y la intranquilidad aumenta. Esto hace, como era lógico, que la adquisición de cartulinas se interrumpa y que llegue la fecha del sorteo sin haber podido yo cumplir con la Papelera, cual deseaba.

Y hete aquí que en la tarde de hoy, lunes, y en nombre de esa Sociedad, se presentan tres señores á practicar una diligencia de embargo en mi cuarto y en la administración del periódico, cuya ejecución consentí, aunque pudiera haberla evitado, sino honradamente, *legalmente*.

Porque yo podré, á sabiendas de que no procedo cual debiera, buscar en los recobros de una ley, defensa contra persecuciones injustas y arbitrariedades sistemáticas; pero me consideraría deshonorado á mis ojos, si utilizase un ficción legal para sustraerme al cumplimiento del deber de pagar lo que debiera.

Pocas palabras y termino por hoy.

Creo que la Papelera no ha debido hacer eso conmigo, por las razones que daré, mas reconozco que me ha hecho un favor sin proponérselo: el de quitarme la intranquilidad que hubiera tenido hasta poder pagarles.

No hay mal que por bien no venga.

JOSE NAKENS

Contra lo vulgar

Los sentimientos mercantiles, expresados en una prosa de pacotilla, deben constituir y constituyen en efecto el encanto de una sociedad ante todo industrial, para quien la probidad estriba en la exactitud en los vencimientos, y cuyo único sueño consiste en ganar mucho dinero en el menor tiempo posible.

Si Hamlet se presentase hoy, pálido y con una mano en su frente, á suscribir la famosa cuestión del ser ó no ser, nuestros contemporáneos le enviarían noramala y le dirían: «Querido príncipe de Dinamarca, dejadnos en paz y volved á vuestro castillo de Elsenaur».

No hay más asunto que el de casarse con una millonaria ó el de encontrar quinientos mil francos para los pagos del día 15.

Eso es lo romántico, lo interesante, lo que agita el alma humana hasta sus mayores profundidades.

Ante el noble espectáculo de ese banquero sobresaltado y temeroso que sólo piensa en sus compromisos de fin de mes, todos cuantos tienen vencimientos pendientes se solazan de placer en sus butacas y exclaman: «¡Esa es la verdad!».

Y, además, hay que confesar, para vergüenza de nuestros tiempos, que el público, en materia de arte, no se entusiasma con la belleza. La forma le es indiferente y hasta le desagrada. Las naturalezas vulgares se alar-

man ante la obra del genio, temerosas de verse perturbadas en su honrado quietismo.

La medianía tiene en sí misma algo que la halaga, y no pocas gentes prefieren los perros callejeros á los leones, á pretexto de que estos últimos tienen el pelo recio, la crin erizada, las uñas de acero y la mirada de un brillo insoportable, y á veces devoran á las personas más respetables, sin tener para nada en cuenta su posición social.

La multitud, por uno de esos secretos que no se explican, detesta la forma que especifica una idea, un objeto, lo saca de la nada y le da vida y esplendor.

Es doloroso para los seres que han de sumirse desconocidos en el eterno olvido, el ver cómo un tipo creado por la pluma, por el lápiz ó por el cincel atrae las miradas de todos, se graba en la memoria y adquiere entre los hombres una importancia que jamás podrán ellos alcanzar.

Tan miserable sentimiento se revela de mil modos en las civilizaciones modernas, y sus principales síntomas son el amor á la nivelación y la igualdad en el vestir.

La línea recta, que borra toda forma y puede ser trazada por cualquier zascandil lo mismo que por el mayor genio del mundo, será siempre la línea predilecta del vulgo.

Con el traje moderno no se distinguen ni un príncipe ni un millonario de un portero regularmente vestido, y por eso se conserva con tanto rigor, por más que sea feo é incómodo, glacial en invierno, sofocante en verano y ridículo en toda estación.

La muchedumbre no hace gran caso del estilo, último medio de distinguirse que hoy posee la individualidad humana.

Lo único que le satisface es una idea común vaciada en una frase vulgar que á cualquiera se le habría podido ocurrir.

TEÓFILO GAUTIER

A la salida del tribunal.

Diálogo entre abogados:

—¿Conque tu cliente ha sido absuelto?

—Por unanimidad.

—Es raro, porque el asunto era grave. ¡Ultrajes á la moral!

—Es cierto; pero el único testigo que había era un sordo-mudo, y el juez no quiso que se explicase por señas.

En un juzgado:

La mujer.—Mi marido ha tratado de envenenarme con fósforos.

El marido.—Es falso, señor juez.

El juez.—Pruebas.

El marido.—Que la hagan la autopsia y se convencerá usted de que no ha probado ni una sola cabecilla.

SECCION AMENA

—Acusado; ¿confiesa usted haber robado estos títulos?

—No, señor presidente, puesto que me habían dado á entender que estaban á mi disposición.

—No comprendo..

—Sí, señor; me aseguraron que eran efectos públicos.

En la audiencia:

El presidente:

—Tiene usted antecedentes penales muy malos, y se le cogió á usted en el momento de robar el portamonedas del bolsillo de una señora.

El acusado:

—Me es imposible estar sin hacer nada.

En el tribunal del Jurado:

—Acusado; según lo que arroja el sumario, ha figurado usted á la cabeza de una banda de criminales.

—Nada de eso, señor presidente; yo fundé una sociedad de beneficencia, pero... nos salieron muy mal algunos negocios.

En la Audiencia.

—Se le acusa á usted de haber robado un melón, y no lo puede usted negar, porque le vieron á usted marcharse llevándose debajo del brazo.

—Perdone usted, señor fiscal; no me lo llevaba... Ibamos andando los dos uno al lado del otro.

El director de la cárcel le pregunta á un criminal, que debe ser ej cutado aquel mismo día, si desea alguna cosa.

—Me comería un melocotón.

—¡Melocotón! Si estamos en Enero, y aún han de pasar muchos meses para que los haya maduros...

—¡Bueno! ¡Pues por mí... esperaré!

Un viejo de ochenta años es condenado á treinta de presidio.

—¡Gracias, señor juez! —dice sollozando.

—¿Por qué?

—Porque veo el buen deseo de su señoría. ¡Quiere que viva hasta ciento diez años!

Una dama que contaba ya más abríles de los que pueden soportarse cómodamente, fué citada como testigo ante un tribunal.

El presidente. — ¿Cuántos años tiene usted?

La testigo (con vacilación). — Treinta y nueve.

El presidente (con benevolencia). — Vámos, señora, un poco de valor; complete usted.

—Ese hombre es un delincuente nato.

—No lo creo.

—¿No lo crees? ¿Y si te dijera que después de haberse condenado tres veces casándose, está para contraer matrimonio por cuarta vez?

—No te afanes, hombre, no te afanes; cúbdate, que estás delicado... Vete una temporada al campo.

—No puedo estar fuera de Madrid ni ocho días; en cuanto la gente deja de verme se figura que estoy en la cárcel.

A un joven que iba á confesar para casarse al día siguiente, le preguntó el cura:

—¿Sabe usted los misterios de la Pasión y Muerte?

—No, señor; es la primera noticia que tengo.

—¡Hombre, una cosa que sabe todo el mundo!

—Entonces, ¿por qué me dice usted que son misterios?

Se presenta á un misionero un jefe de Nueva-Zelanda pidiendo ser bautizado.

—¿Cuántas esposas tienes? le pregunta el misionero.

—Catorce—contesta el salvaje.

—Pues entonces no puedo bautizarte, porque nuestra religión prohíbe la poligamia.

Se aleja el jefe y al cabo de un mes vuelve á presentarse.

—Ya podéis bautizarme, padre; no tengo más que una esposa.

—¿Y las otras?

—Me las he comido.

Confesándose un caballero, decía:

—Acúsome, padre, de que me han robado el reloj.

—Pero, hijo... No es usted el que debiera acusarse de ese pecado.

—Es que mi reloj era de plomo, y por esta razón he contribuido á que se pierda un alma por tan poca cosa.

Admirado el cura de tan incomprensible escrúpulo, le replicó:

Si conociera usted al ladrón podría regularle usted un cronómetro de Losada.

Fe de sobra

El cura de mi lugar usa un ama, que por suerte nada tiene que envidiar: es ágil, robusta, fuerte, bella y graciosa sin par.

No se le encuentra una falta, y al andar ¡cielo bendito! va tan ligera que salta; está gruesa y no es muy alta, pero ¡vaya un cuerpecito! ¡Qué elegante es su cintura! ¡Qué diminuto su pie! ¡Qué esteliez en su figura!... Un prodigio de hermosura que tiene por nombre Fe.

Con una muchacha así, el buen cura, ya lo creo, siempre está fuera de sí,

y hecho un tonto y un gill: más que cura es un fideo.

De su estado excepcional ¿quién paga los vidrios rotos? Consecuencia natural:

si el cura es quien hace el mal, lo pagarán los devotos;

que en continuo desconsuelo le busca el pueblo en sus males, y él no pide con buen celo que envíe benigno el cielo socorros espirituales;

pues ni predica, ni canta, ni reza, ni dice misa con unción mística y santa; el templo se le atraganta y va á él siempre deprimido.

Lo sabe al fin el prelado y lo llama á su presencia, y al verle tan demacrado dice el obispo irritado perdiendo calma y paciencia:

—Usted peca sin mirar que da escándalo. ¿Por qué? ¿Dios no nos ha de juzgar? ¿no nos puede castigar? ¿ó es que no tiene usted fe?

Y él, con el alma apenada, después que el sermón escucha dice con voz apagada:

—Yo tengo mucha fe, mucha... (¡Demasiada! ¡Demasiada!...)

PASCUAL CUCARELLA



La confesión del gitano

Un gitano fué á confesar.

—Padre, me acuso de haber robado una cuerda.

—No es gran pecado.

—Pero es el caso que detrás de la cuerda se vino enganchada una jaca que vendí en Sevilla por dos mil reales.

—Pues tienes que devolvérsela á su dueño.

—Padre, ya se murió.

—Pues á su familia.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque era hospiciano.

—Sigue.

—Me acuso de haber tenido ciertas cosas con una cigarrera del barrio de Triana.

—¿Dónde vive?

—Ya se ha mudado de casa, padre.

El cura se muerde los labios, saca una tabaquera de oro, toma un polvo y la deja á un lado. El gitano la ve y la coge sin ser visto.

—Me a uso de haber robado una tabaquera de oro.

—Hay que devolverla.

—¿La quiere usted, padre?...

—¿Yo? ¡Qué disparate!

—Es que ya se lo dije á su dueño y no la quiso.

—Entonces puedes quedarte con ella.

El gitano salió de la iglesia loco de contento; no había perdido el tiempo.



José Na kens, tal cual era cuando llegó á Madrid en Octubre de 1866, con dos obras teatrales en tres actos y en verso, que no fueron silbadas porque no se representaron.
Ayuntamiento de Madrid

Recuerdos de la juventud

Situación peligrosa.—Un guía bueno y un guarda malo.

Situación peligrosa

Entregadas á D. José María Orense las Proclamas con tanto riesgo impresas por el buen republicano Núñez Amor, y sacadas, no sin peligro, de su establecimiento por Pepé Ruban y yo, recibimos de sus manos la orden del Triunvirato revolucionario (Orense, Castelar y Figueras) para las provincias de Alicante y las Andalucías.

Imposibilitados de salir de Madrid á una hora tan avanzada, partimos á la noche siguiente en los trenes correos, marchando también en el mío, si bien en coche distinto, mi amigo y correligionario el diputado Egmidio Santa María, que iba á Elche y Murcia.

En la mañana del domingo, día 3, llegué á Alicante, hospedándome en casa de D. José Marcili, antiguo y consecuente republicano, dueño de una magnífica imprenta, y propietario del popular diario *La Revolución*, que dirigía mi entrañable amigo Froilán Carvajal.

Supo por Marcili que Froilán no se encontraba en Alicante, por hallarse recorriendo los pueblos y previniendo á nuestros correligionarios para el alzamiento, pero que nos esperaba en el vecino pueblo de San Vicente, á donde sin perder tiempo nos dirigimos.

Carvajal me aguardaba impaciente. Leyó la orden del levantamiento y quedó suspeso. Al interrogarle yo, me contestó:—Estoy reflexionando, y es necesario que usted, á quien no le separan, como á mí, gravísimas cuestiones con D. Eleuterio Maissonave, le vaya y le haga saber nuestro plan para el alzamiento, esperando su ayuda de acuerdo con las instrucciones que voy á darle.

Penetrado de la importancia de semejante acto, ya que D. Eleuterio Maissonave era diputado por Alicante y jefe del partido republicano de la provincia, aquella misma tarde me presenté en su casa y le expuse el plan del alzamiento. Siendo él quien era, debía sublevar al siguiente día la ciudad, con el apoyo de la Milicia Nacional, que era republicana; al tiempo que, reunidas en Novelda las partidas de Carvajal, Tomás Bertomeu, Palloe y Montesinos formarían tres grandes columnas; una, que partiría para sublevar Alcoy y la Marina; otra, que se encaminaría á Elche y Murcia para unirse á las fuerzas de Santa María en Elche y las de Antónete Galvez en Murcia; y la última que embarcando en los coches del ferrocarril iría cortando la vía por Villena, Albacete y Alcazar impidiendo que las tropas vinieran sobre Alicante, ni avanzasen sobre Andalucía. El Sr. Maissonave no aceptó. Pertenecía al grupo de los que no aprobaban el alzamiento y no quería iniciarlo. Ya dije en otra parte que el triunfo del alzamiento de 1869 se malogró por falta de unidad en el pensamiento y en la ejecución.

Salí de su casa entristecido, pero no acobardado. Conté á Marcili lo ocurrido, que en nada le sorprendió, pues lo esperaba, y convinimos en que yo redactara una Proclama breve y enérgica para le-

vantar los ánimos y procurar asegurar el alzamiento.

En la mañana del lunes, muy temprano, nos fuimos á la imprenta, que era una hermosa nave en la calle de San Fernando, núm. 20, con dos soberbias máquinas, en una de las cuales se estaba haciendo la tirada del periódico *La Revolución*.

Habían llevado los cajistas á la máquina pequeña el molde de la Proclama, para empezar á imprimirla, cuando se presentaron cuatro agentes y un cabo, armados de sable y revólver.

¡Sorpresa general! ¿Qué ocurría? ¿Estábamos descubiertos?

Adelantóse Marcili y el cabo le presentó el original de un *Extraordinario*.—Marcili tenía contratada la impresión del *Boletín Oficial de la Provincia*,—para que lo compusieran y lo imprimieran al momento, quedándose él y su gente para llevarse los primeros números, que el señor gobernador aguardaba impaciente.

Era preciso cumplir la orden. Así el *Extraordinario*, en que se noticiaba la sublevación y caída de Barcelona. Mientras unos cajistas lo componían, otros componían una *Ultima hora* que yo añadí á la *Proclama*, noticiando que en toda Cataluña se tocaba á Somatén, que Gerona y el Ampurdán estaban sublevadas por Suñer, Caymó y Matas; Lérida, por los hermanos y diputados Castejón; Tarragona, por la Junta de Reus; y el llano de Barcelona por Lostau y Jubany.

Colocados juntos, el *Extraordinario* y la *Proclama* comenzó la impresión de los dos á un tiempo, en el mismo pliego de papel, que luego se partía en dos hojas.

Jamás creo haber pasado un rato más amargo.

En tanto que Marcili entretenía al cabo y los agentes, el regente de la imprenta y valeroso republicano Vicente Guillén, me señalaba á los cajistas, que ocultas en las mangas de las blusas tenían las cortantes facas y los afilados cuchillos, dispuestos á esgrimirlos á la menor señal. La situación era gravísima. En un instante podía estallar el drama, que forzadamente sería terrible y sangriento. Tales situaciones no pueden prolongarse, y Marcili, comprendiéndolo así, en cuanto vió impresos cincuenta ejemplares del *Extraordinario*, los entregó al cabo, diciendo que él mandaría los restantes según se fueran tirando.

Tan sólo con la marcha de los agentes pude tranquilizarme. Aquellos minutos, que me parecieron siglos, los pasé en una tensión nerviosa imposible de resistir.

Cuando los agentes salieron me rodearon y abrazaron los cajistas, todos entusiastas republicanos, insistiendo en la determinación, que transmitieron al regente, de acabar con ellos primero que sufrir que Marcili ó yo fuéramos presos.

Mucho les agradecí aquella prueba de cariño, pero diciendo en mi interior que la situación pasada había sido terrible; que presos, ó libres, la lucha habría causado la muerte de un puñado de hombres, la ruina de una porción de familias, madres sin hijos... esposas sin esposos... niños sin padres!... Por fortuna, nada de esto aconteció y del temido drama pudimos salir con vida para consagrarla á mejores combates.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

Cine clerical

Rosario á todo pasto

—Asiéntese usted, doña Rufina

—No, hija, no; si no estoy cansada. Vengo de San Dimas, y he estado sentada toda la misa y el sermón, que ha durado hora y media.

—Sí que es hablar.

—Mire usted, señá Casilda: cuando se dicen cosas buenas y mejor dichas, el tiempo pasa sin sentir. Y eso que el P. Machaca se va volviendo ya un poco pesado.

—Si lo menos tiene ya setenta años.

—Pero se conserva ágil y sanote, y la lengua la menea con mucha soltura; eso lo puedo atestiguar yo, que acabo de oírle.

—¿Y qué ha dicho?

—¡Uf! Tantas cosas ha sacado á colación... Todo ha sido acerca del Santo Rosario... Ya sabe usted que estamos en el mes de Octubre, que está consagrado á esta santa devoción. Casa sin el rezo del rosario es casa muerta; allí no es posible que haya ni paz, ni felicidad, ni salud, ni abundancia...

—Sí, vaya usted á las gentes de ahora con estas cosas.

—Así anda el mundo... Yo recuerdo que en casa de mis padres no se pasaba una noche antes de acostarnos sin rezar el rosario. Y todos, todos, hijos, criados, visitas todo el mundo. Aquello era fe y religión, y vivir como Dios mandaba.

Sin embargo, con el pretexto del rosario también había sus cosas, créame usted. En la cocina de mi casa se rezaba todas las noches, y allí saqué yo novio... Todos los mozos y mozas del pueblo se reunían allí, y había una de pellizcos y de codazos, y unas palabritas al oído, que ya, ya.

—Siempre hay gente que se aprovecha de todo; eso es muy humano. Esta costumbre se había de restaurar ahora.

—¡Ay, doña Rufina! Diga usted á sus hijos y á los míos que vienen á acostarse á las mil y quinientas que se pongan á rezar el rosario.

—Se podía hacer antes de la cena.

—Vienen cansados de trabajar, y lo que desean es sentarse á la mesa cuanto antes.

—Sí, pues mire usted las consecuencias; Rafaelito está que no puede dar un paso siquiera... ya me entenderá usted.

—Y mi Rogelio lo mismo; pero antes, en aquellos tiempos, también sucedía lo propio. Mire usted, sin ir más lejos, la sobrina de don Teodoro, aquel ricacho de Avila que usted conoce; pues del rosario sacó aquella vergüenza que la llevó á la Maternidad. Créame usted, el mundo ha sido

siempre el mismo, y lo será con rosario á todo pasto y sin él.

—¡Válgame Dios, señá Casilda! Que tengamos que ver estas cosas las mujeres cristianas como nosotras...

FRAY GERUNDIO

Dos hombres honrados

El más grdo, de sonrisa bonachona, decía á un vecino que comía á dos carrillos sin parar mientes en lo que dejaba encima de la mesa el mozo del mesón.

—Desengáñese usted, amigo; el robo será siempre un crimen.

—Lo supongo á usted propietario.

—Gracias á mi constancia, á mis ahorros y á mi trabajo.

—¿Es usted industrial?

—Y comerciante.

—¡Ah!

—Y usted ¿á qué negocios se dedica? Tiene usted cara de bolsi ta.

—Pues no tengo cara de lo que soy: me dedico á robar.

—¿A robar?

—Como lo oye usted.

—Y lo dice con orgullo!

—Con el mismo que emplea usted para decir que es comerciante é industrial.

—¡Mi negocio es legítimo!

—Lo sé; casi tan legítimo como el mío, aunque no tan digno.

—¿Cómo que no tan digno?

—Naturalmente; no es tan digno, porque es menos expuesto y más hipócrita. Yo robo teniendo la ley en contra, y usted roba al amparo de la ley misma. No da el peso cuando vende, no paga la medida cuando compra, no repara en envenenar á su clientela vendiendo...

—Es un contrato libremente estipulado.

—¡Sí, sí!; pero al hacer el pacto se habla de cierta calidad, de cierta medida y de cierto precio...

—Es que...

—Déjeme usted hablar y lo hará usted después hasta el día del juicio.

—No puedo oír tamaños disparates.

—Comiendo tranquilo estaba cuando usted me interrogó. Yo soy más franco que usted y llamo robo á mi negocio... Respecto de la industria, no me negará usted que emplea artículos malos para venderlos como buenos, y que da á sus operarios el 5 por 100 de lo que producen.

—Buena la haríamos los comerciantes si vendiésemos al precio que compramos, y no la haríamos mejor los industriales, si las primeras materias nos costasen el dinero que sacamos de la producción.

—Harían ustedes un mal negocio, como lo gago yo el día que vuelvo á casa con los bolsillos vacíos.

—Es que yo trabajo.

—Lo mismo digo, y más personalmente que usted, puesto que usted...

—¡No, señor! Usted roba.

—Según á lo que llame usted robar.

—Roba el que se apodera violentamente de lo que no es suyo.

—¡Ah, vamos! Por manera que el ladrón se diferencia del comerciante en que éste roba pacíficamente? No me negará usted en este caso que el segundo es una decadencia del primero. Ustedes son los ejércitos de mercenarios sin valor para robar á mano airada. Han legalizado la falsificación y el escamoteo. Mejor diría si dijera que han pervertido el arte de robar, y que por antiestético,

cos, si no por otra cosa, merecían ir á la cárcel.

El ladrón y el comerciante se levantaron de la mesa sin saludarse siquiera.

Al año, el uno se encontraba en presidio fuera de la ley, por haber robado una cartera, y el otro hacía leyes en el Parlamento, porque habiendo jugado á la baja en combinación con el ministro de Estado, ganó muchos millones y pudo representar al país con el dinero que había quitado á numerosas familias que vivieron después en la miseria.

OCTAVIO MIRBEAU

La intalibilidad de la Iglesia

No hay héroe como Jesús cuya genealogía y existencia sean tan confusas y tan difíciles de establecer y aceptar. ¿Cómo se definió el ahora infalible dogma relativo á su verdadera naturaleza? Según los evangelistas era nombre por parte de madre y Dios por parte de padre. ¿Pero cómo?... La discusión de este punto ha costado á la humanidad ríos de tinta y mares de sangre, y, no obstante, todavía subsiste la duda. En esto, como en todo, se han contradicho varias veces los Concilios, según demuestra la siguiente recapitulación histórica. El obispo Pablo de Samosata negó la divinidad de Cristo en el primer Concilio de Antioquía, cuando aún estaba en mantillas el cristianismo teológico. Le llamaba «Hijo de Dios» solamente en atención á la santidad de su vida y de sus actos, pero diciendo que su sangre era corruptible en el sacramento de la Eucaristía.

En el Concilio de Nicea, celebrado el año 325, expuso Arrio sus doctrinas, que estuvieron á punto de quebrantar la unidad de la fe. Diecisiete obispos se adhirieron á la doctrina de Arrio, quien fué desterrado por sostenerla. No obstante, treinta años después (355), en el Concilio de Milán firmaron trescientos obispos un Mensaje de adhesión al heresiarca, á pesar de que en el segundo Concilio de Antioquía (345) había sostenido Eusebio que Jesucristo era Hijo de Dios y uno con su Padre.

En el Concilio de Esmirna (357), el «Hijo» ya no fué consustancial, triunfando con ello los anomeanos y arrianos, que negaban la consustancialidad. Un año después, el segundo Concilio de Ancira definió que el Hijo «no era consustancial, sino tan sólo semejante en sustancia al Padre». El Papa Liberio sancionó esta decisión.

Durante algunos siglos debatieron y contrvirtieron los Concilios las más opuestas opiniones hasta dar por fruto de su labor el dogma de la Trinidad, que, como Minerva de la frente de Júpiter, surgió del cerebro teológico armado de los anatemas de la Iglesia. El nuevo misterio fué anunciado al mundo entre terribles contiendas salpicadas de sangre. El Concilio de Zaragoza (380) definió que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una misma persona y que la naturaleza humana de Cristo es pura ilusión. Una vez en tan resbaladizo terreno, los Padres de la Iglesia tenían que caer en el absurdo, porque ¿cómo negar naturaleza humana al nacido de mujer? La única voz juiciosa que se dejó oír en uno de los Con-

cilios de Constantinopla fué la de Eutiquio, quien tuvo el valor de decir: «Dios me libre de discuir sobre la naturaleza de mi Dios». Por ello le excomulgó el Papa Flavio.

En el Concilio de Efeso (449) pudo desquitarse Eutiquio, pues como Eusebio, obispo de Cesarea, le incitase á admitir dos naturalezas en Cristo, se declaró el Concilio contra Eusebio, resolviendo que fuese puesto á tormento entre dos ruedas que dividieran su cuerpo como él quería dividir la naturaleza de Jesús. Eutiquio quedó reintegrado en su cargo episcopal y Eusebio y Flavio depuestos de sus sillas. Los dos partidos se combatieron sañudamente desde entonces, hasta el extremo de que Flavio murió de resultas de los maltratos que le infligió el obispo Diodoro.

Vieronse en estos Concilios las mayores incongruencias... Por ejemplo: en el primer Concilio de Ancira (314) se discutió el siguiente punto: al bautizar á una mujer embarazada ¿queda también bautizado el feto? El Concilio respondió negativamente diciendo que el bautizado ha de consentir en el bautismo, lo cual no puede hacer el feto. De esto se infiere que la inconsciencia es impedimento del bautismo, y, por lo tanto, ninguna criatura queda virtualmente bautizada en nuestros días. ¿Qué será, entonces, de los cientos de miles de niños bautizados subrepticamente por los misioneros?

HELENA P. BLAVATSKY

(De La Doctrina Secreta, t. III, ps. 125 y 126.)

El juez de instrucción.—Diga usted, doctor, ¿cómo encuentra usted al herido?

El médico.—Una de las heridas es mortal de necesidad. Las otras no ofrecen ningún peligro para la víctima.

En un tribunal:

Un testigo, sordo como una tapia, no logra oír las preguntas que se le dirigen.

¿Es usted sordo?—le dice el presidente.

—No, señor; soy ebanista.

El presidente al acusado:

—¡No sólo le asesinó usted, sino que tuvo valor de darle catorce puñaladas!... ¡Catorce!

—Señor... yo no pensaba darle más que trece, pero como es un número tan malo...

Un juez interrogando á un acusado:

—¿En qué circunstancias cometió usted el robo?

—Señor juez, en circunstancias .. atenuantes.

—Acusada, dice el presidente del tribunal, ya ha oído usted el informe de los médicos forenses: según este informe, el cadáver contenía arsénico en cantidad suficiente para matar á ocho personas.

¿Qué tiene usted que alegar?

—Que mi pobrecito marido era muy comilón.

DE MI TIERRA

En la plazuela de Oriente la otra tarde, entre dos luces escuché á dos andaluces la conversación siguiente:

—Usted se creerá que es bola el que yo esté emparentado con toito lo más granao de la nobleza española.

Y á pesar de los reveses de fortuna que he tenido, toos en mi familia han sido condes, duques y marqueses.

—Mi padre se dió gran maña, y no sé de qué manera hizo brillante carrera y llegó á grande de España.

Según consta en los anales, mis nobles antepasados toos han sido potentados, obispos y cardenales.

Cuando acabó el embustero, respondióle así su amigo:

—Pues mi padre fué mendigo, y mi abuelo fué trapero.

Y tengo un primo segundo diez años jase empleado en el alcantarillao, y mi hermano es vagabundo.

Y para mayor baldón é ignominioso abolengo, un tío carnal que tengo es verdugo en Castellón.

El otro, que estuvo oyendo lo que su amigo decía, con gran socarronería interrumpióle diciendo:

—Hombre, ¿no está usted acharao con familia tan perdia?

—¿Y qué quiere usted, arma mía, si es la que usted ma dejao?...

ALFREDO RIBERA

■ ■

¡Al ladrón!

«¡A ese!» grita una señora. «¡Al ladrón!» dicen las gentes. Corre un hombre por la calle, y todos gritan: «¡A ese!»

Volando va el fugitivo y ninguno le detiene, y el tropel que le persigue en furia y número crece. Sigue el ladrón su carrera y las esquinas revuelve atropellando muchachos y evitando los agentes.

Lleva desgarrado el traje, sus fuerzas ya desfallecen, y en su rostro amoratado corre el sudor de su frente. Busca con ansia un asilo, sólo ve caras crueles, y la multitud que avanza repitiendo: «¡Detenedle!»

Párase al fin y respira; los que le persiguen cercanle, y al recobrar el aliento, exclama irónicamente:

«Para dar pan á mis hijos robé este duro; ¡tened!» He sido un ladrón muy torpe

y he merecido mi suerte. Los que vendéis por ochenta lo que sólo vale veinte, y sisáis á vuestros amos y vendéis á vuestros jefes; los que arruináis á la huérfana; los que despojáis al débil; los que vivís con holgura de lo que no os pertenece, y quitáis á los maridos el honor de sus mujeres; los que estafáis en la Bolsa y robáis sobre el tapete... no me tengáis compasión. Gentes honradas, ¡prendedme! ¡Atadme codo con codo, y apretad fuerte, muy fuerte!»

J. FERNANDEZ BREMON

■ ■

CUENTO

Un zapatero casó con una mujer muy bella, y años después se cansó; cuestión sólo de una letra. Quiso entablar el divorcio para alivio de sus penas, pero el juez, que de antemano conocía á la pareja, hizo llevar al maestro á su judicial presencia, y le dijo:—Sé que usted, cansado de su parienta, pretende romper los lazos con que les unió la Iglesia. ¿Qué circunstancias le impulsan para obrar de esa manera? Su mujer, ¿no es buena moza?

—Sí, señor.—¿Es callejera?

—No, señor.—¿No le administra sus caudales á conciencia?

Sí, señor.—¿Tiene defectos de índole y naturaleza tal, que pongan en peligro la honra que usted guardó ilesa?

—No, señor.—Pues no comprendo en qué va á fundar su queja.

—Yo diré á usted, señor juez; me explicaré á mi manera.

¿Ve usted bien este zapato?

—Sí, señor.—Flexible suela; la piel fina como un guante; la forma elegante y nueva; la confección, *non plus ultra*, como de mano maestra.

¿No le parece á usted digno de la Exposición de Viena?

—Sí, señor.—Pues no me sirve

—¿Cómo no?—Porque me aprieta.

C. M. E.

■ ■

EL INCENDIO

«¡Favor! ¡Socorro!» gritaba en medio de la agonía, un infeliz que veía que su casa se quemaba.

Puesto en medio de la calle, sus voces al viento dió, y al cabo sólo se halló como en un desierto valle.

Viendo, pues, que no acudía á socorrerle ninguno, fué despertando uno á uno los vecinos que tenía.

Suplicó, pero fué en vano, ninguno se levantaba, y en tanto el fuego avanzaba, más destructivo é inhumano.

Llegó al vecino primero, y socorro demandó, pero éste le contestó con ademán altanero:

—¡Viene usted á incomodarme á deshora, señor mío!

¿No ve que hace mucho frío, y no quiero levantarme?

—¡Oh! ¡que mi casa se quema!

á otro vecino decía, que indigesto respondía:

—¡Me gusta, por Dios, la fiebra!

Idos, que me causáis tedio; ¿conque vuestro hogar se abrasa?

Cuando se quema una casa, apagarla es buen remedio.

Fué al tercero, que inhumano su aguda pena insultó.

A otros vecinos llamó, mas también los llamó en vano.

Porque cada cual decía:

—¿Yo, por qué me he de mover? Nada tengo que temer, si no se quema la mía.

Mas luego, arrematado el viento, la llama voraz creció

y á otras casas se extendió, para buscar su alimento.

Lleno de asombro y sin tino, viendo el peligro inminente, acude muy diligente

éste y el otro vecino.

Con arrogancia altanera el fuego intentan cortar, cuando ya todo el lugar

presa de las llamas era.

Todos entonces á porfía sus esfuerzos redoblaron, pero apagar no lograron

la llama voraz é impía.

Pues en tan duros azares del viento á impulsos corriendo

fué en cenizas convirtiendo aquellos tristes hogares.

Del pueblo es obligación, si se veja á un ciudadano,

reprimir con fuerte mano la insolente vejación.

Que si en necia confianza deja que se extienda el mal,

la misma suerte fatal luego á todo el pueblo alcanza.

X.

El Esperanto al alcance de todos

por
Julio Mangada Rosenörn
con

Clave de Temas en volumen aparte
2'50 pesetas

Pago adelantado, con un descuento del 30 por 100 para los suscriptores y corresponsales. Los pedidos á casa del autor, San Bernardo, 96.

IMP. DE M. GARCÍA, MESON DE PAÑOS, 8